

IL MARINAIO DI MINORCA. UNA STORIA DI MARE, DI ARAGOSTE E DI PESCATORI ALGHERESI.

EL MARINERO DE MENORCA. UNA HISTORIA DE MAR, DE LANGOSTAS Y DE PESCADORES DEL ALGHERO.



Gabriel Arguimbau Ferrer en un retrat fet probablement a Marsella allè per 1915 (Foto Colecció Família Arguimbau)

En Alghero, la historia de la industria náutica ha sido y es muy peculiar. Parece ser que Génova (una de las cuatro grandes Repúblicas Marítimas) quiso construir la ciudad de Alghero sobre un islote azotado por el Lebeche (*Llebeig*) y el Mistral, pero defendible por tierra y por mar, sólo para tener una posición estratégica para sus rutas comerciales. Con los mismos criterios fundaron también la ciudad de Castelsardo en Cerdeña y ciudades fronterizas en el Mediterráneo y en el Mar Negro, como Beyoğlu (en Estambul) y Caffa (hoy Feodosia) en Crimea.

Otras naciones con grandes y potentes flotas navales se disputaban el Mediterráneo, y las batallas en el mar estaban al orden del día. En los arsenales, los carpinteros de ribera (*mestres d'aixa, ndt*) trabajaban duro para construir más galeras de guerra que buques mercantes, como en tiempos de las guerras púnicas. Así las flotas de Venecia, Pisa, Génova y del Rey de Aragón se enfrentaban en mar abierto en largas y sangrientas batallas. En 1353 Génova perdió la batalla contra Porto Conte y tuvo que renunciar a Alghero y a todas sus posesiones en Cerdeña. No podemos imaginar cómo se habría desarrollado la industria naval en Alghero si se hubiesen quedado los Genoveses,

pero sí sabemos que durante los tres siglos y medio de dominación catalano-aragonesa y española, Alghero fue una fortaleza sobre el mar, utilizada sólo para operaciones militares. No le hacía falta un puerto protegido, y sólo había un inestable e inseguro muelle de atraque; además la pequeña dársena que había donde hoy está la ex Iglesia de Santa Chiara fue enterrada y clausurada porque se consideró difícil de defender. Había astilleros, pero se dedicaban sobre todo a restaurar y arreglar los veleros en tránsito.

Alghero gozaba de unas importantes ventajas fiscales, que permitieron el florecimiento del exitoso comercio del famoso coral rojo hasta 1492, cuando los Judíos fueron echados de la isla. A partir de ese momento la pesca y el comercio del coral pasaron en manos catalanas y provenzales. En Alghero no quedó nada, y la ciudad sobrevivió gracias a la pesca de subsistencia.

Con la llegada de la Casa de los Saboya las cosas empezaron a cambiar. La ciudad volvió a tener intercambios comerciales con la región de Liguria, gracias sobre todo a los nuevos expertos en el sector naval: los napolitanos. Gracias a su sabiduría en el arte de la pesca, de la construcción de barcos de madera y a sus conocimientos sobre vela latina, los pescadores de Alghero aprendieron nuevos métodos y tipologías de pesca. Fue también una época de cambios: muchísimos napolitanos se fueron a vivir a Alghero, y hoy en día todos los carpintero de ribera (*mestres d'aixa*) son de origen napolitano, así como muchos de los apellidos locales. Desafortunadamente la pérdida definitiva del comercio del coral rojo, la falta de demanda de pescado, y el duro clima del oeste de Cerdeña, complicaron las cosas, obligando a los pescadores locales a vivir de una economía de subsistencia.

La suerte cambió cuando, como escribiría Conrad, "*un hombre de las islas llegó del mar*". Era joven, rubio y alto, un joven que bien se adaptaría a la descripción del protagonista de una canción del cantautor italiano Lucio Dalla: *Si diceva che era un bell'uomo, veniva dal mare, parlava un'altra lingua però sapeva amare*" (*decían que era un hombre guapo, venía del mar, hablaba otro idioma pero sabía amar, ndt*). El joven era Gabriel Arguinbau, un menorquín de Ciutadella que llegó a Alghero a finales del siglo XIX. Gabriel, miembro de una de las importantes y buenas familias de Ciutadella, tenía poco más de veinte años y era ya un experto marinero. Parece ser que tuvo una relación un poco turbulenta con una joven de Menorca y que por eso su padre le aconsejó irse de la isla durante un tiempo. Gabriel llegó a Alghero por casualidad, pero se dió cuenta enseguida de que allí la riqueza del mar era muy subvalorada, y que nadie hasta ese momento había pensado en la pesca de la langosta, reina del Mediterráneo y abundante en Cerdeña.

Su mentalidad de emprendedor, el saber hablar todos los idiomas del Mediterráneo Occidental y sus conocimientos sobre el sector náutico le permitieron convencer a los pescadores locales (famosos por ser solitarios y individualistas) a emprender algo que se entendió como una verdadera

hazaña: colaborar entre ellos e irse a trabajar lejos, dejando sus casas en Alghero durante toda la temporada de pesca. Algunos se fueron a vivir a Porto Ferro, otros a Argentiera, a Capo Frasca, en Sinis (Pelós) y hasta Túnez, sólo para pescar langostas con nasas hechas de junco y *ullastre*. Cada día, después de la pesca, las langostas se guardaban en grandes viveros de junco (llamados *marruffus, ndt*) colocados sobre fondos de arena para proteger el pescado de los pulpos. Y en días establecidos, según un riguroso calendario, Gabriel llegaba con su famosa goleta *El Balear*, y recogía el marisco. Las langostas pasaban al vivero del barco, que él mismo había diseñado y salía a venderlas en los grandes mercados de Barcelona y Marsella, a precios muy altos. En Marsella Gabriel tenía a su esposa, de origen genovés, Maddalena Benvenuto, que gestionaba un restaurante donde el plato estrella era, como no, la langosta fresca de Alghero. A finales de temporada Gabriel reunía a todos los pescadores en la plaza de *Pou Vell* y les pagaba todo el trabajo hecho.

En pocos años Gabriel vió crecer su fama: todo el mundo le llamaba *l'Espanyol* y se convirtió en una verdadera leyenda, tanto que terminó siendo protagonista de canciones populares, como la famosa *Pescador que se deu de casar* (letra de Miquel Dore, y música de Joan Pais). Era sí un buen marinero, con ganas de aventuras, pero sobre todo era un gran comerciante: durante el invierno transportaba y vendía las naranjas de Andalucía, y en verano hacía lo mismo con la langosta de Alghero. Su flota, igual que su fama, creció, y a *El Balear* se unieron el *Sofia*, el *Polonia* y el *Progresso*, todos asignados a valiente Capitanes de la Marina de Alghero. Por fin la ciudad se vió recompensada por todos esos siglos de servidumbre bajo los azotes del viento de Maestral, sin puertos seguros ni protecciones.



Antiga maqueta del vaixell-viver El Balear (Foto Colecció Família Arguimbau)

Gabriel llevó también a Alghero unos *llauts*, las embarcaciones típicas de los pescadores menorquines. Los *mestres d'aixa* locales (los napolitanos) se dieron cuenta enseguida del gran

potencial de los *llauts*, eran más seguros, más veloces y más altos que las embarcaciones utilizadas hasta aquel momento, y empezaron a copiarlos. La suerte les sonrió y las nuevas embarcaciones tuvieron un gran éxito, tanto que pasaron a ser utilizadas en Alghero, Bosa y Porto Torres. En honor a Gabriel *l'Espanyol*, estos barcos se conocen desde entonces como *espanyoletas*. Hoy en día se siguen produciendo, aunque menos. La última *espanyoleta* la construyeron hace doce años los *mestres d'aixa* Piero Caria y Vittorio Cacciotto.

Gabriel Arguinbau falleció en Alghero en mayo de 1938 y después de recibir la última misa en la Iglesia de los pescadores (El Rosario), su cuerpo fue trasladado a Marsella. Con él se cierra una época extraordinaria para la pesca de la langosta de Alghero, un manjar aún apreciado en los mejores restaurantes de Francia y España.

Gabriel sigue vivo en la memoria de Alghero y sobre todo en la de Carlo Catardi, quien en sus libros, escritos con pasión, arte y mucho corazón relata la historia extraordinaria de la Marina de Alghero durante esos años. Desde que era casi adolescente, Carlo Catardi se acuerda de esa figura de leyenda, el *espanyol*, o como le gusta llamarle *aquell dimoni de l'espanyol...*

Traducción de Diletta Fraizzoli

www.isoladiminorca.com